

HAY LIBROS QUE SON PADRES DE NACIONES*

Volodia Teitelboim

A partir de un repaso de algunos hitos de la biografía de Pablo Neruda, el autor propone una comprensión de la poesía nerudiana en la actualidad, subrayando varias de las constantes de su obra, así como el importante vínculo de Neruda con España y su tradición poética.

VOLODIA TEITELBOIM. Escritor y ensayista. Ex senador de la República. Premio Nacional de Literatura, 2002. Autor, entre otras obras, de *Antología de la Poesía Chilena Nueva* (con Eduardo Anguita, 1935), *Hijo del Salitre* (1952), *La Semilla en la Arena: Pisagua* (1957), *El Oficio Ciudadano* (1973), *El Pan y las Estrellas* (1973), *Pólvora del Exilio* (1976), *La Guerra Interna* (1978), *Neruda* (1984), *La Palabra y la Sangre* (1986), *Gabriela Mistral: Pública y Secreta* (1991), *Huidobro: La Marcha Infinita* (1993), *Los Dos Borges* (1996), *Un Muchacho del Siglo XX* (1997), *Voy a Vivirme (Variaciones y Complementos Nerudianos)* (1998), *Un Hombre de Edad Media* (1999), *La Gran Guerra de Chile y Otra que Nunca Existió* (2000), *Noches de Radio*, dos tomos (2001).

* Escrito por el autor en base a su conferencia “Neruda Vuelve a España”, leída en las jornadas “Neruda en su Centenario (1904-2004)” organizadas por la Universidad de Sevilla, España, el 4 y 5 de mayo de 2004.

Ese día [en Sevilla, 4 de mayo de 2004] manifesté verbalmente que era la cuarta vez que Neruda llegaba a España, aunque de distinta manera. La primera fue en el año 1927, cuando tenía 23 años, junto a un amigo bastante aventurero, Álvaro Hinojosa. Después de 24 días de lenta navegación transatlántica, desde Buenos Aires, desembarcaron en Porto. Desde allí se fueron por tierra a Madrid. Vagaron tres días por la capital. Departieron con algunos periodistas, a raíz de lo cual apareció un par de artículos. Nada más. El autor de *Veinte Poemas* todavía era un don nadie, un insigne desconocido en la Península Ibérica.

La segunda vez fue del todo diferente. Trascendió. Y cambió su existencia. Se produjo en 1934 y vivió enseguida —según él lo dijo con sus propias palabras— los años más felices de su vida. Compartió con los poetas de la generación de 1927, empezando por García Lorca y también Rafael Alberti. Luego, esa radiante primavera, esos días de sol, esa felicidad maravillada se eclipsó. Fue aplastada por la Guerra Civil, que estalló muy pronto. Le nubló el panorama, le amargó la vida. Neruda sufrió una experiencia devastadora. Influyó de modo radical en su existencia, su pensamiento y su poesía.

Siempre añoró España. Durante el régimen franquista, sintió que no podía retornar y ello lo apenaba. “A mí me hace falta España —decía— y es un dolor no llegar a ella.” En años posteriores bajó por unas horas del barco en Barcelona. Lo recibió su amigo García Márquez. Quería sentir el aire de esa tierra, su segunda patria, su bien amada España. Fue una experiencia difícil. Resultó peor el padecimiento de la carencia porque agudizó la nostalgia de no poder caminar por las calles, no visitar sus ciudades o no compartir con sus amigos de entonces, ni conversar con los nuevos poetas, las generaciones de frescos que habían sucedido a esa brillante floración literaria que fue la generación del 27.

Regreso en ausencia

Creo que ahora realiza en ausencia la cuarta venida, la cuarta llegada, tal vez definitiva.

Lo hace cuando cumple cien años. Ya hombre maduro y buen fabulador, haciendo uso, digamos, de una licencia literaria, tiene la inefable osadía de proclamar su derecho a la inmortalidad, a no morir nunca. Lo hizo en el poema “Pido Silencio”, del libro *Estravagario*. Lo proclamó de

manera bastante insólita y resuelta: “...no crean que voy a morirme: me pasa todo lo contrario: sucede que voy a vivirme. Sucede que soy y que sigo”.

Desmesura del poeta

El poeta sigue naciendo, incluso cuando cumple su primer siglo de vida. Siempre que existan personas en el mundo que lean poemas de Neruda y se aprovechen de ellos para enamorarse, él estará interactuando con la vida y por la vida. Forman multitud los amantes de *Veinte Poemas* —uno de los libros, dicen, más vendidos en el mundo, después de la Biblia—. Mientras su poesía se siga leyendo, él continuará vivo, porque, al fin y al cabo, la muerte es el olvido. Han transcurrido ya 31 años desde el día en que se fue, y no se fue, porque se quedó aquí en la Tierra, residiendo en la sensibilidad de sus lectores. No morirá nunca si su poesía nunca muere. Éste es un veredicto pronunciado ya por el siglo XX. Entra ahora con el alma y el pie firme en el XXI. Tal vez el tercer milenio lo apruebe. No estaremos para juzgarlo, pero él lo deja planteado como un desafío al tiempo.

La poesía no mata

Esta mañana [en Sevilla, 4 de mayo de 2004], hemos tenido el privilegio de presenciar el homenaje a Neruda en la Universidad de Sevilla. Oímos la palabra de la vicerrectora. Hemos escuchado también a Trinidad Barrera, nuestra amiga ya de algunas semanas, porque los estudiosos de Neruda que han venido, sean españoles, franceses, italianos, chilenos o de otras nacionalidades, han compartido la experiencia cordialmente. Hemos tenido la ocasión de trenzar la amistad, la confraternidad que conoció Neruda al máximo en España. Configuramos una especie de peregrinación jovial. España hasta ahora ha sido el país donde se realizan homenajes entrelazados. Primero fue Madrid, la Casa de América, la Embajada de Chile, la Universidad Autónoma. Luego vino Alicante, con Juan Carlos Rovira como estupendo animador. La poesía acerca, la poesía no mata, la poesía no hace guerras, la poesía es partidaria de la paz, del reconocimiento, de la amistad entre los pueblos. En esta reunión sevillana no participó el Barbero de Sevilla, pero sí el presidente de la Fundación El Monte. Es un signo de cercanía, con el cual se aproximan más dos países, incalculables corazones.

El reino del castellano

No olvidemos que Hispanoamérica es una de las creaciones históricas, políticas, culturales más amplias y significativas del mundo. Ahora que toda Europa, o casi toda Europa se va juntando para conformar —sostienen— una sola unidad, no es malo pensar que las inmensas comarcas que conquistó España, la España americana del siglo XVI, constituye uno de los más extensos territorios geográficos poblados y continuos que hay en la Tierra. Suman más de veinte pueblos que hablan el mismo idioma. En España se pueden hablar varias lenguas, pero en la América española —sin olvidar las respetables hablas aborígenes, de antigua data— el 90% de la población se entiende o discute en castellano. Es el reino más numeroso del castellano.

En dicho gigantesco territorio idiomático —con su lengua unificadora, una de las más habladas del globo terrestre— ha salido en nuestro tiempo un individuo o sujeto, “común de rostro”, particular, llamado Nef-talí Ricardo Reyes Basoalto cuando nació y Pablo Neruda desde que adoptó el pseudónimo conocido.

No vivamos de espaldas

Siempre he pensado que nos ha empobrecido y nos ha hecho daño el error de que durante siglos España y América hayan vivido virtualmente dándose las espaldas. Porque después de la Conquista, sobre todo tras la emergencia y creación de las veintitantas repúblicas que nacieron de esa carioquinesis del imperio colonial, se cultivó un antiespañolismo primario, exagerando elementos negativos, que por cierto también los hubo. No se trata de blanquear nada. Sobrevino la leyenda negra, que hacía de España la mala de la película. Esto se tradujo también en un silencio y un distanciamiento de uno y otro lado.

Reparemos en la significación de esa región tan vasta, que va desde México hasta Chile y Argentina y sólo termina en la Antártica. Ella habla la lengua que le dio Castilla, americanizándola. Dichas naciones poseen una prehistoria común, la historia tormentosa de una familia incontable, que comparte sueños afines, despliega veinte literaturas que no necesitan traducción. Más de una vez se ha dicho que Neruda es personaje representativo de una cultura expandida, de la cultura hispanoamericana y en el hecho de la cultura universal. Aquel que hable castellano puede leerlo o conocerlo. Traducido a muchísimas lenguas, se puede ingresar a ese hemis-

ferio poético ilimitado. El odre de su vino se vierte y derrama aquí y allá como si hablara un padre o un hijo. Asimismo podrá leerse en cien lenguas, pero su habla original será siempre la española.

La partida de nacimiento

Quiero recordar lo que Neruda dijo sobre un joven de otrora, que era en ese momento, allá por el siglo XVI, integrante del séquito que acompañó al príncipe Felipe a Londres. El paje cortesano Alonso de Ercilla y Zúñiga también era poeta. En Inglaterra les llegó una noticia para ellos alarmante: en el país final del globo, en la última posesión del Imperio, los mapuches habían muerto al jefe de los conquistadores, Pedro de Valdivia. Habían sitiado y atacado muchas de sus ciudades. El paje decidió poner fin a los placeres de la corte y embarcarse presurosamente rumbo a lejanos horizontes, donde terminaban América y los mapas conocidos. Era una azarosa travesía de meses, la gran aventura de la vida o la muerte. Después, con lo visto, oído, vivido, aventurado y observado en esa tierra ignota, el que fuera joven soldado se puso a escribir *La Araucana*.

La Araucana es para nosotros la inscripción elocuente del nacimiento de Chile como país. Inaugura una sociedad hasta entonces inexistente en lo que era la tierra libre y dispersa de los mapuches y de otras etnias aborígenes. Permaneciendo fiel a su estirpe, Ercilla registra artísticamente, con admiración y respeto por el adversario, el proceso formativo de una nación.

La Araucana es digna de una segunda lectura, de repasarla cada cierto tiempo. Se trata de un texto cardinal muy notable. Anuncia y da cuenta del surgimiento de un país volcánico, el parto sangriento de una sociedad nueva donde antes existía una valerosa y aguerrida comunidad prehistórica. El joven poeta la individualiza. Fija sus características físicas, el paisaje y la naturaleza primordial de su población, de las tribus indígenas.

*Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.*

Los versos de la epopeya comunican la ubicación geográfica; trazan un retrato preciso, un perfil moral, el relato poético-político del escenario adonde arriba. Así es casi todo el libro de ese autor mozo, a ratos desencantado por la España que no le hace justicia. Fuimos a saludarlo hace poco, a nombre de un Neruda ubicuo, en su casa solariega de Bermeo, en el país vasco. Tal vez valga más el tarde que el nunca.

No todo el poema versa sobre Chile, porque una parte importante de la obra está destinada a relatar minuciosa, a lo vivo, la inquietud europea ante el conflicto muy de entonces y muy de ahora. Nada se repite o se reproduce distinto; pero el mundo europeo y el Medio Oriente de la época estaban embarcados a fondo en una contienda que culminó en la batalla naval de Lepanto. Hecho magno, que en ese momento tenía una actualidad no tan difícil de imaginar: expresaba el gran conflicto entre la cristiandad y el Islam. No cederemos a la tentación. Nosotros no transpolamos hoy esa guerra ni ninguna. Somos hombres de paz y entendimiento entre pueblos, religiones y civilizaciones.

¿Inventor de Chile?

Pablo Neruda, que no se quedaba en chicas, disparó otra flecha al futuro, con una frase que puede parecer una atrevida extravagancia: “Ercilla es el inventor de Chile”. Si uno se pone a pensar en términos rigurosos, no es así. Pero intelectualmente lo es. Porque los países nacientes, que recién se incorporan a la historia (y también los que ya han hecho un camino) necesitan poseer y desarrollar una conciencia propia, una idea motora, una definición esencial. Necesitan de la escritura, requieren de la obra que proyecte su ser y su hacer, que la presente ante la humanidad, se transmita a sus integrantes, sean en ese momento súbditos o discrepantes. Así nace y se hace la conciencia nacional de un país que acaba de llegar al concierto universal. Los primeros perfiles definitorios de la identidad chilena se dan en ese libro escrito por un poeta español de poco más de veinte años. El soldado es condenado a muerte, no por los mapuches, sino por el jefe de los conquistadores, de mando un tanto inexperto, García de Mendoza, que por alguna dificultad surgida en un denominado “juego de cañas”, dicta la sentencia capital. Afortunadamente es anulada. Porque si se hubiera cumplido, entre otras cosas, adiós a *La Araucana*.

Salvó la vida, volvió a España. Demoró varios años, pero escribió el libro matriz. Se trata de un texto épico, citado por Cervantes. Allí asoma, por mano y numen español, la literatura chilena. Despierta un país en el

Extremo Sur de Occidente. Se escribe la partida de nacimiento de una nación alargada, con rasgos inconfundibles.

La búsqueda de la madre

Allí, en la zona disputada donde perdió la vida el jefe de los conquistadores, se crió ese niño bautizado Nefalí Ricardo Reyes Basoalto. Tal vez desde su infancia o como adolescente, pensó en la necesidad de ser o de superar su insignificancia, que vegetaba silenciosa e inconforme en un último rincón, rumiando el anónimo de su existencia, que fue dura, áspera en sus comienzos. Pues, sin quererlo, la desgracia hizo su estreno desde el instante inicial, con la muerte de su madre. Fallecida a los pocos días de darlo a luz, el huérfano buscará la imagen materna, incluso en alguna de sus enamoradas. Consciente o inconscientemente tendía a descubrirla en mujeres maduras. En diferentes edades trató de indagar cualquier dato sobre esa madre que no conoció.

El pequeño, llevado de la mano del padre, llega a Temuco, entonces un improvisado campamento militar que también acababa de nacer, entre detonaciones de artillería. Neruda también se haría a sí mismo, pese a todos los contratiempos. Sería la creación incesante de un muchacho que no se llamaba así. Su padre vivió apreturas económicas cotidianas hasta que consiguió un trabajo en los ferrocarriles. Es sabido que fue conductor de tren lastrero, convoy humilde; no el que transporta pasajeros, sino el que traslada material pedregoso y durmientes para arreglar las vías desajustadas por las lluvias, que en esa zona son persistentes. Mientras su padre trabaja con su cuadrilla, el niño se interna en la selva virgen. Curioso obsesivo, empieza a conocer la naturaleza fértil de la región. No sabía que estaba acumulando elementos para su poesía. Tampoco sabía qué era la poesía. Un día ella llegó sin anunciarse. Él mismo lo dice: *“no sé de dónde, ni cómo, ni por qué”*. Sus primeros versos son unas palabritas elementales rimadas, recordando a la madre que nunca vio. Se trata de un poeta desenfadadamente autobiográfico. El que quiera poseer las claves más hondas para interpretar su poesía, incluso aquella que aparezca hermética, un tanto enigmática, podría abrirse paso recurriendo a la crónica de su vida. Se trata de un poeta que traduce al castellano universal su propia existencia, transfigurada.

Hará proposiciones lingüísticas. La palabra mamadre (atención al neologismo) me parece que no está registrada en el Diccionario de la Lengua Española. Inventa esa palabra para prescindir de la “madrastra”.

Nunca la llamará madrastra, que tiene mala prensa. Ha sido desprestigiada casi tanto como la palabra “bruja”. Hablará entonces de la “mamadre”. Ésta suele alguna mañana de domingo llevarlo a la iglesia pobre. Versos introductorios de su libro de estreno, *Crepusculario*, lo evocan. “*Esta iglesia no tiene lampadarios votivos, no tiene candelabros ni ceras amarillas, no necesita el alma de vitrales ojivos para besar las hostias y rezar de rodillas*”. Según el poema, acuden a ella almas sencillas, sobre todo para asegurarse un puesto en el cielo. Esa mamadre es afectuosa, pero él siempre sigue pensando en la madre biológica, en la que lo tuvo en su vientre y que él no conoció. Le hace una falta grande.

Un segundo o tercer cordón maternal

Ese niño, de repente, a través de las lecturas, va descubriendo que existe el ancho mundo, aun cuando dice que no conoció el mundo sino cuando salió de allí, de ese borde terminal de la Tierra.

Va a estudiar a Santiago, abandonando un territorio lluvioso, la región austral, entonces llamada Frontera, disputada durante siglos por conquistadores y aborígenes. Se siente un poeta atado por un cordón umbilical invisible a la madre naturaleza, que es femenina, y al amor, que también lo es en este caso (pertenece al mismo género), porque se trata del descubrimiento de la mujer. Lee con furia deleitosa. Escribe con pasión, día y noche, arrebatado. Al principio es torpe. Pero pronto surge el poeta melodioso, directo, esencial. En el fondo, todavía suena algo rubendariano. Rinde tributo al modernismo literario, ya declinante, pero no tardará en decirle adiós.

Su primera fama local le sonrío cuando da a conocer un poema que empieza a recitarse en todas partes. De niño pregunto: ¿Quién lo ha escrito? Me responden: No sé. Lo escribe cuando es alumno del Instituto Pedagógico. Estudia francés no para ser profesor sino para leer poesía francesa. Sin embargo, dicho poema tiene nombre inglés, *Farewell*. La gente lo nombra “la poesía de los marineros”. Recitado por doquier, tanto en las escuelas universitarias como en lugares donde no se enseña literatura. También se declama en las fiestas de los prostíbulos. No habla sobre la poligamia, pero dice “Amo el amor de los marineros que besan y se van. Dejan una promesa. No vuelven nunca más. En cada puerto una mujer espera: los marineros besan y se van. Una noche se acuestan con la muerte en el lecho del mar.”

Crisis existencial y literaria

Así va escribiendo, precozmente, sus dos primeros libros, uno publicado cuando él tiene 19 años y otro a los 20. Son *Crepusculario* y *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*. Con el tiempo, se vuelven dos clásicos.

Está viviendo, sin embargo, una crisis existencial. Esa poesía de fulminante éxito en el medio le parece ya un tanto anticuada. No corresponde a algo que se está generando en el mundo y en su propio interior. Ecos de la Vanguardia Estética están llegando a los rincones más apartados del planeta, entre ellos Chile. Hará su propia Vanguardia.

En aquel entonces el joven poeta está también sacudido por la revelación del sexo. Escribe un libro de audacia desusada para la época. Se titula *El Hondero Entusiasta*. Es la exaltación de la pasión ardiente. Anuncia por su cuenta la revolución sexual que se impondrá años más tarde. Es un volumen tan escandaloso para su tiempo que no se atreve a publicarlo de inmediato. Lo guarda en un cajón, para sacarlo de allí diez años después. Ahora dicho libro no produciría asombro, porque ya el tema, digamos, está incorporado a la mentalidad actual, sin que cause rubor, el estupor de entonces.

Neruda pronto dará un paso adelante con esa poesía popularísima, que cree anacrónica. Lo angustia además el desordenado género de vida que llevan él y sus amigos. En parte imitan el ejemplo parisino del Pobre Lelian, de Verlaine, su ingesta de absintio y otros licores, aunque en Chile fuera “vino de tres tiritones”. Hacen la vida de los poetas locos, de los poetas malditos, que se emborrachan todas las noches y no comen todos los días. Suelen morir de sobredosis de drogas o de tuberculosis, que en ese tiempo tenía una guadaña cortante. Hubo poetas muy queridos por él, como Romeo Murga, que lo acompañaba en los recitales, y después Alberto Rojas Giménez, que mueren muy jóvenes, de hambre, “consunción”, como entonces se decía.

Quiere abandonar el país. Es la forma de salvar la vida, de perseverar en la poesía, y es el camino para encontrarse con el mundo. Le pide a un amigo que trabaja en el Ministerio de Relaciones que le consiga una plaza en el extranjero. Le explica: —Hay muy pocos cargos disponibles. Las plazas que hay no son apetecidas. —Dígame cuáles son. —Sólo tengo una que nadie quiere: Cónsul en Rangún. —Contesta: —Allá voy.

Soledad de las soledades

Llega así al Asia, pasando por España. Más tarde dice: España debió haber sido mi iniciación, yo debí haber llegado a España y no perderme en la soledad infinita del Asia, donde nadie habla castellano, donde no puedo conversar con nadie, donde todo para mí es una sociedad extraña, donde se impone un régimen de castas que no entiendo. Caí en un mundo ajeno para mí.

Pero así fue. No obstante en ese ámbito tampoco perecería, ni física ni espiritualmente. Debía enfrentarlo. Respirando otra atmósfera, soportando los monzones de mayo, escribe una poesía distinta, original, la poesía de *Residencia en la Tierra*, que marca un vuelco radical, violentísimo e inaugura una nueva expresión poética, incluso en el orbe literario internacional de ese momento. *Residencia* será en los hechos un libro en serie, al estilo de *Hojas de Hierba*, pero escrito en tres continentes. Lo inició en Chile. Lo continuó en el Asia, particularmente en Java, Birmania, Ceylán y, finalmente, en España. Es un poema sinfónico, música interior, tal vez dodecafónica, para su época. Cambia en profundidad de poesía.

Durante ese verdadero extrañamiento, el que fuera un desesperado en Asia, escribía cartas implorantes a Rafael Alberti, para que le mandara un diccionario castellano, ya que teme olvidar el idioma. Le envía también los primeros poemas de *Residencia*, que Alberti pasea por España de la República durante los años 31, 32. Los lleva a donde va, pero no consigue publicación. El autor de *Marinero en Tierra* se siente trastornado, porque es otra poesía, la que viene de un mundo diferente, que está haciéndose. Algunos autores europeos hablan de un “Tercer Día de la Creación”.

Neruda sale del Asia, por fin, debido a la crisis mundial que estalla el 29. Golpea a todos los países de América Latina, quebrando los presupuestos. No se paga a los empleados públicos. Un desastre total. Fue uno de los funcionarios cancelados. Vuelve a Chile. Luego consigue un cargo secundario en el consulado de Buenos Aires. Allí traba un conocimiento decisivo, con Federico García Lorca, que llega a Argentina, Uruguay y Chile con la compañía teatral de Margarita Xirgú, para llevar a escena *Bodas de Sangre*, *Rosita la Soltera*, *Yerma*, *Mariana Pineda* y otras piezas teatrales del autor del *Romancero Gitano*.

García Lorca regresa a España con cierta preocupación, angustiado por negros presagios. Hubo un hecho premonitorio. Todavía en Buenos Aires, García Lorca y Neruda dedican un libro, confeccionado a mano, artesanal, en que el último aporta los versos y el primero los grabados. Lo dedican a “La Rubia”, esposa del escritor Rojas Paz, cuyo salón literario

ellos suelen frecuentar. El dibujo (del único ejemplar) tiene dos cabezas cortadas. García Lorca temía por su destino. ¿Era supersticioso? ¿O imaginaba lo que vendría?

Una acogida luminosa

Neruda arriba cuatro meses después a Barcelona, donde ha sido designado cónsul. Ansía llegar a Madrid, porque quiere estar en contacto sobre todo con los poetas jóvenes que conoce o quiere conocer. Pronto baja del tren en la capital. Lo espera Federico. Los poetas de la nueva generación lo acogen fraternalmente, con mucha más cordialidad que en Chile, donde es motivo de ácidas polémicas, en las cuales yo tuve también una participación secundaria, sin ánimo de gresca, que de todos modos estalló.

García Lorca lo presenta en la Universidad de Madrid, con un texto fervoroso.

Esto que yo hago ahora se llama una presentación en el protocolo convencional de conferencias y lecturas, porque yo no presento, porque a un poeta de la calidad del chileno Pablo Neruda no se le puede presentar, sino con toda sencillez, y cobijado por mi pequeña historia de poeta, señalo, doy un suave, pero profundo toque de atención.

Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta, de los que tienen sus sentidos amaestrados a un mundo que no es el nuestro y que poca gente percibe. Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta. Un poeta lleno de voces misteriosas que afortunadamente él mismo no sabe descifrar. Un hombre verdadero que ya sabe que el junco y la golondrina son más tiernos que la mejilla dura de la estatua.

La América española nos envía constantemente poetas de diferente numen, de variadas capacidades y técnicas. Suaves poetas de trópico, de meseta, de montaña; ritmos y tonos distintos, que dan al idioma español una riqueza única. Idioma ya familiar para la serpiente borracha y el delicioso pingüino almidonado. Pero no todos estos poetas tienen el tono de América. Muchos parecen peninsulares y otros acentúan en su voz ráfagas extrañas, sobre todo francesas. Pero en los grandes no. En los grandes cruje la luz ancha, romántica, cruel, desorbitada, misteriosa, de América. Bloques a un punto de hundirse, poemas sostenidos sobre el abismo por un hilo de araña, sonrisa con leve matiz de jaguar, gran mano cubierta de vello que juega delicadamente con un pañuelito de encaje. Estos poetas dan el tono descarnado del gran idioma español de los americanos, tan ligados con las fuentes de nuestros clásicos; poesía que

no tiene vergüenza de romper moldes, que no teme el ridículo y que se pone a llorar de pronto en mitad de la calle.

Al lado de la prodigiosa voz del siempre maestro Rubén Darío y la extravagante, adorable, arrebatadoramente cursi y fosforescente voz de Herrera y Reissig y del gemido del uruguayo, y nunca francés, conde de Lautrémont, cuyo canto llena de horror la madrugada del adolescente, la poesía de Pablo Neruda se levanta con un tono nunca igualado en América, de pasión, de ternura y sinceridad.

Se mantiene frente al mundo lleno de sincero asombro y le fallan los dos elementos con los que han vivido tan falsos poetas, el odio y la ironía. Cuando va a castigar y levanta la espada, se encuentra de pronto con una paloma herida entre los dedos.

Yo os aconsejo oír con atención a este gran poeta y tratar de conmoveros con él cada uno a su manera. La poesía requiere una larga iniciación como cualquier deporte, pero hay en la verdadera poesía un perfume, un acento, un rasgo luminoso que todas las criaturas pueden percibir. Y ojalá os sirva para nutrir ese grano de locura que todos llevamos dentro, que muchos matan para colocarse el odioso monóculo de la pedantería libresca, y sin el cual es imprudente vivir.

En España poetas jóvenes, casi una veintena, lo aplauden, lo apoyan. Publican una declaración de respaldo notablemente generosa, llamándolo “gran poeta de la lengua”.

Todo ese clima acogedor será prontamente liquidado por la guerra, incluida la ejecución de García Lorca, entre muchos millares de sacrificados. Su muerte simbolizó en lo concreto una multitud de horrores. La tragedia cambió su poesía, su existencia, la de millones.

Derrotada la República, en Chile, por iniciativa de Neruda, se comienza a montar una expedición para salvar españoles cazados en campos de concentración en Francia. Bajo la dirección del poeta, se fleta un barco viejo de carga, llamado Winnipeg, en el cual dos mil refugiados consiguen llegar a Chile. Creo que fue el día en que comenzó la Segunda Guerra Mundial.

**No fue un neutral ni un indiferente.
Vivió a fondo grandes desafíos**

Participante de la historia, quiso la paz, la democracia, la libertad. Y lo hizo a su manera apasionada. No era hombre para ocultar ideales, sino que los sostenía abiertamente y en voz alta.

Un libro posterior, llamado *Canto General*, encarna la expresión ambiciosa de un poeta que quiere describir América desde antes de que ella

fuera poblada, cuando sólo era naturaleza, silencio, pájaros, montañas, y no había nadie en ella que la cantara, porque nadie existía en su territorio. De repente empiezan a llegar pobladas inmigrantes desde Asia. Atravesaron el Estrecho de Bering para poblar América desde Alaska hasta la Antártica hace ya más de diez mil años.

No se queda en chicas. Al principio habla de un *Canto General de Chile*, después habla de un *Canto General de América*, luego simplemente de *Canto General*. Incluye el período prehistórico, el histórico, la conquista, la república, la época actual. Alguien ha dicho que es como una especie de Cordillera de los Andes en poesía. La Cordillera de los Andes tiene altas cimas, con c, y también hondonadas profundas, simas, con s; o sea, contiene poemas excelsos y poemas que no alcanzan la nota máxima. Porque a un poeta tan prolífico como Neruda, el más fecundo del siglo, no puede exigírsele siempre cumbres, una calidad absoluta en todos los poemas. Él lo supo. Mezclaba lo grandioso y lo pequeño. El do de pecho o el suspiro discretamente susurrado.

Poeta maximalista y minimalista

Cuando regresa de su Consulado en México, quiere ahondar en el Perú. Ascende a una desconocida ciudadela incaica. Impresionado, escribe años más tarde *Alturas de Macchu Picchu*. Define también una conducta personal. Al decir “*sube a nacer conmigo, hermano*”, está dialogando con los aborígenes que construyeron el enigmático poblado ahora despoblado, misterioso, revelador de raíces esenciales. Habla para los de hoy. Para los descendientes de aquellos que lo edificaron. Pues la historia es un gran encadenamiento con muchos eslabones, en el cual todos somos partícipes, aunque seamos en dicho proceso actores de tercera fila, involuntarios e inconscientes, o una muchedumbre de N. N. La historia nos toca y concierne a todos, hasta la historia más lejana, De alguna manera los Juan Pies Descalzos de ayer son los antepasados de los Juan Pies Descalzos, de los Juan Cortapedras del presente.

Neruda anhela con esa poesía, a juicio de algunos un tanto grandilocuente y para otros, sustanciosa, provocar cierto despertar colectivo. En otra forma evoca y convoca a Bolívar. Sostiene que el Libertador “*despierta cada cien años, cada vez que despierta el pueblo*”. A todas luces es un bardo portavoz comprometido con los tres tiempos del hombre.

El poeta maximalista pasa en un momento posterior a ser poeta minimalista, “cosista”. Se compromete con motivos modestamente cotidiana-

nos o domésticos. Escribe varios libros de odas, donde habla, verbigracia, de un tonel que cae de un camión, del caldillo de congrio y también de otros sucesos menudos, grandes o medianos, que no constituyen acontecimientos sobresalientes.

Ya en España había sostenido un encontrón beligerante con el apóstol de la poesía pura, Juan Ramón Jiménez, quien lo ataca y lo juzga “gran mal poeta”, “agente del caos”, representativo de la desorganización de una América primitivista. Neruda no es inocente. Ha decidido derribar los muros de la poesía y propiciar que cualquier objeto, tema o asunto puede ser poetizable si lo trata un poeta de verdad.

No es un episodio baladí en su trayectoria. Ese poeta maximalista a ratos, y minimalista en su culto por materias prosaicas, siempre se mantendrá fiel a sus principios ciudadanos. La política puede ser cosa grande o mísera. Él aspirará a la decorosa, equivocándose a ratos, como todos nosotros o muchos, siempre de buena fe.

Cuando lo eligen senador, mayoritariamente mineros, siente una responsabilidad inquebrantable respecto de quienes cifraron su confianza en él. No los va a defraudar. Cuando ellos son perseguidos, desde la tribuna del Senado encara al presidente González Videla en un discurso al cual llama “Yo Acuso”. (Emplea el mismo nombre que Emile Zola había usado en la defensa de Dreyfus). La respuesta del poder es draconiana y vengativa. Perseguido, tiene que salir del país clandestinamente, cruzando a caballo torrentosos ríos y la cordillera de los Andes. Sale airoso de la riesgosa prueba.

Europa lo descubre y lo incorpora a su lista de famosos. Es considerado un poeta rompefronteras. Un poeta del amor, del dolor y del deber civil. Un protagonista, un creador que considera la historia como un dominio digno de los más altos cantos y de las elegías más entrañables.

¿Cómo enfrentar a la muerte?

Siendo Embajador en Francia, enferma de cáncer. El cauteloso diagnóstico médico habla que puede tal vez durar más tiempo, a menos que se acelere el proceso o venga un golpe demoledor desde fuera. Y ese golpe demoledor vino. Fue el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Yacía en su lecho.

Yo había ido antes a verlo, en su último cumpleaños, el 12 de julio de 1973. Ese día, un amigo leal y atento, Gonzalo Losada, dueño de la Editorial Losada, de Buenos Aires, le mandaba de regalo un imponente

chaquetón patagónico. Entonces él le pidió a Matilde que retribuyera el obsequio, que le trajera las carpetas. Contenían siete libros. El editor le preguntó si eran para publicación inmediata. Neruda le dijo que se trataba de un autofestejo. Deseaba que se publicaran un año más tarde, coincidiendo con su cumpleaños número setenta. Un libro por cada década.

Se publicaron como libros póstumos. Así desafiaba a la muerte inminente, que le estaba guiñando el ojo y lo espiaba. Su réplica a la invitada de piedra más dura consistía en escribir, escribir y escribir. Para el condenado o vicioso de poesía perpetua era su carta de perennidad, su apuesta de sobrevida.

Gamulán con clave

Unos días después me mandó ese gamulán patagónico con unas letras: “Creo que yo voy a pasar entre sábanas este invierno. Te vendría a ti mucho mejor que tu sotana oscura”. (Yo nunca he usado sotanas, pero él veía así mi largo abrigo oscuro)

El poeta pensaba cada día, cada noche en la muerte, palabra que no pronunciábamos nosotros ni él tampoco. Cuando se produjo el golpe entró en delirio. Allí, en su desesperación, conociendo por una radio de Mendoza (porque todas las radios chilenas estaban ya interceptadas y acalladas) el incendio, el bombardeo de La Moneda y la muerte de su amigo Salvador Allende, murmuraba en su pesadilla, como una letanía: “*Los están matando, los están matando*”. Matilde trataba de tranquilizarlo. Le decía que a él lo respetarían porque era un gran poeta. “Yo estuve en España —respondió con la fuerza posible— cuando mataron a un gran poeta, García Lorca. Aquí puede pasar lo mismo. Es el fascismo”.

Escribir para vivir a pesar de todo

Neruda, en los últimos días de su vida, escribió las páginas finales de sus memorias, *Confieso que He Vivido*, condenando el golpe y culpando de él no sólo a los generales uniformados sino también a los generales de cuello y corbata. Lo hizo temiendo que después de sus días se tergiversara su rechazo total a la asonada castrense.

La dictadura impuso el toque de queda. Alguna gente se atrevió a ir a la casa devastada. Jóvenes, sobre todo, entonaban canciones en voz baja. Al principio pocos, después se fueron incorporando otros, que acompañaron el cortejo suicida, afrontando el peligro a la vista. Era la hora en que

había licencia para matar. Detrás de los visillos alguien con timidez saludaba, porque también rondaba el miedo. Pero muchas personas se atrevieron. Se fue sumando un verdadero gentío.

El primer funeral de Neruda revistió un valor ético. Fue también un funeral épico, moralmente grande no tanto por su tamaño, sino como demostración de conciencia, considerando la circunstancia histórica. Él no lo había soñado ni se lo había propuesto. Fue la primera manifestación masiva contra la dictadura. Aquellos acompañantes tal vez se jugaron la vida en ese entierro circundado de metralletas.

Poeta mundializado

Han pasado treinta años. Neruda ha sobrevivido. Aquellas en apariencia jactanciosas palabras suyas de: “no crean que voy a morirme, sucede que voy a vivirme”, resultaron en cierto sentido proféticas.

Desde el punto de vista poético aquel ciudadano común y silvestre, sin quererlo, anda sin parar por el mundo. Neruda es hoy más leído que cuando estaba vivo. Ha incorporado a distantes nuevos lectores, admiradores también en el Lejano Oriente. Tiene *fans* en China, Corea, Indonesia, etcétera. Corre el peligro de la estatua. Es sujeto de mitos y leyendas, fabricados por los demás.

Habrà Neruda para rato en el siglo XXI. Está probado. Las estadísticas contribuyen a explicar este fenómeno a escala universal en este inicio del Tercer Milenio. El *boom* se explica porque Neruda respondió en su obra a sentimientos fundamentales y permanentes de la humanidad, empezando por el amor. Como siempre habrá gente irrespetuosa del *copyright*, que atenta contra los derechos de autor y la propiedad intelectual, suelen apropiarse de versos suyos, de este caudaloso autor entrometido, genuino secretario de los amantes, para declararse a la mujer de sus sueños con versos robados. Quería ser poeta útil. Efectivamente es un poeta multiuso y todoterreno. El que desee referirse a cualquier hecho de la vida o de la muerte, encontrará en Neruda los versos adecuados para expresar su sentir.

Fue a Sevilla y no perdió su silla

Sobrevivirá. Este acto en la Universidad de Sevilla me parece que está confirmándolo. El hombre cumple en estos días sus primeros cien años. Seguirá caminando por sus lectores y también entablando conversación con jóvenes, con personas de distintas generaciones, que lo buscan

como un compañero o un amigo; como un hombre consecuente con sus ideales, como un poeta primordial.

Hoy ha llegado no sólo a la Sevilla del Guadalquivir, ciudad que se especializa en las artes y las letras, que cuida los archivos de las antiguas Indias Occidentales, los cuales conservan como si fuera una alcancía las monedas de oro de la Historia. Neruda llega a esta antigua estación de partida hacia esa América, que multiplicó por diez los hablantes de la lengua en que escribió su obra. El poeta ahora ha regresado a la cuna de su idioma. □